

REVISTA

DE

SANIDAD MILITAR

AÑO I

MADRID, 1.º DE JULIO DE 1887

Núm. 1.º

EL FÓSFORO EN LA FIEBRE TIFOIDEA

Por más que la observación clínica, el examen necroscópico y los modernos adelantos de la microbiología han aclarado mucho los conceptos etiológico y diagnóstico de la fiebre tifoidea, modificando ventajosamente para los enfermos y para la ciencia el plan terapéutico correspondiente en general á dicha afección, no hay razón para afirmar, como algunos médicos pretenden, que el ileo-tifus puede dejar de figurar en el número de las enfermedades mortales. Por el contrario, la fiebre tifoidea es hoy—y lo será siempre, por virtud de la compleja alteración que supone en el organismo—una de las muchas afecciones para cuyo pronóstico nunca tiene bastante seguridad el médico, y cuyo tratamiento deja en la mayoría de los casos mucho que desear; así como en los levisimos llamados de forma abortiva, jamás se satisface el práctico con la *satisfacción* del éxito, del mismo modo ante esos casos de forma insidiosa ó perniciosa con que la clínica nos contraría de vez en cuando, no nos sentimos envanecidos por el triunfo ni sabemos resignarnos con la derrota, como si en la lucha con tan temible enfermedad tuviéramos perdida la confianza en nuestras propias armas.

¿Qué hay de particular en la fiebre tifoidea que ningún tratamiento curativo acaba de parecernos racional? ¿Qué es lo que encontramos en esa afección para que ningún síntoma ni signo nos haga desesperar en absoluto y aun viendo agonizar al enfermo después de largo proceso patológico en que va desapareciendo, digámoslo así, todo el dinamismo orgánico, tengamos todavía

propósitos, si no esperanzas, de salvarlo, y torturemos nuestra inteligencia y rebusquemos en nuestra memoria con tal de disponer de un nuevo recurso terapéutico cualquiera que él sea?

Yo no me atrevo á señalarlo, temeroso de concitar las iras de aquellos que en materia de fiebre tifoidea se consideran poseedores de la piedra filosofal, pero afirmo y sostengo que hay sobrado motivo para que uno y otro día nos hagamos aquellas preguntas á la cabecera del enfermo.

Ni siguiendo al pie de la letra los consejos de Brand, entusiasta apoloigista de los baños frios; ni empleando los baños tibios preconizados por Currie; ni haciendo uso del alcohol, la digital, el sulfato de quinina ó el cornezuelo que tanto encomiaron respectivamente Todd, Wunderlick, Broqua y Duboué; ni con las preparaciones saliciladas á que han dado nombre Buss, Fischer y Vulpian; ni con las fenicadas tan aconsejadas por Desplats; ni con los ioduros ó cloruros usados por Aran y Baumfort; ni con las sales cúpricas ó mercuriales tan ensalzadas por Burq y Serre; ni extremando los cuidados higiénicos; ni barajando las medicaciones evacuante y tónica; ni dejando en entera libertad á la naturaleza, gracias á la más estóica espectación; ni atendiendo con profusas recetas á todos los fenómenos primarios y secundarios que en el curso de la dolencia se presenten, dejarán de caminar algunos tifoideos hacia ese periodo ó estado, llámese como se quiera, en que todo parece poco para corregir la pesadez del coma ó la furia del delirio y en que son inminentes el temblor muscular, el sudor viscoso, la carfologia y el enfriamiento de las extremidades.

Una vez llegado este periodo de la enfermedad, inspiran tan poca fe las indicaciones causales como las sintomáticas, porque si las primeras hay que considerarlas tardías, las segundas son en tal número y se ofrecen tan atropelladamente, que acaban de hacer perder la débil confianza que infunden siempre los medios paliativos. Y sin embargo, en ninguna otra ocasión se encuentra el práctico con más bríos para aceptar un plan ó un medicamento de enérgicos y decisivos efectos.

De aquí que yo no acierte á comprender cómo en tales circunstancias no se ha generalizado una fórmula de Glover recogida y presentada por Bouchardat. De mí sé decir que la vez primera que ante la insistencia y rebeldía de los fenómenos tíficos, des-

confié de los medios ordinarios de tratamiento y me encontré dispuesto á apelar á los recursos empíricos más enérgicos y extraños, no vacilé un momento en emplear las preparaciones fosforadas. Y no es esto decir que juzgue puramente casuales la introducción del fósforo en la terapéutica del ileo-tifus y los éxitos que han contribuido á recomendarlo; pues aparte de las pérdidas que sufre la economía durante la fiebre tifoidea (*) y sin tener para nada en cuenta la influencia que dicha sustancia ejerza sobre el bacilo de Eberth, es innegable que la acción estimulante y tónico-nerviosa rápidamente desarrollada por el fósforo, bastaría para que su uso estuviese indicado en las circunstancias á que me refiero.

Ocioso sería advertir que siempre que he apelado á dicho medicamento estaban agotados todos los recursos ordinarios y aniquiladas las fuerzas del enfermo. Como la administración del fósforo está erizada de peligros, según la opinión de los más ilustres autores, y como por otra parte, no sólo no se apoya sino que ni siquiera se menciona en los mejores escritos clínicos sobre la fiebre tifoidea, claro está que al resolverme á hacer una prueba tan comprometida, la situación no permitiría escrúpulos de conciencia; bien puede asegurarse, pues, que en tales circunstancias el éxito más debiera llamarse resurrección que curación.

Y no obstante, me satisface declarar que cuantas veces he seguido aquel procedimiento, el organismo ha respondido perfectamente á la energía de tan temido agente terapéutico. Podría citar bastantes casos capaces de acreditar el uso del fósforo en el periodo consuntivo de la fiebre tifoidea, entre ellos el primero recogido en el Colegio de Medicina de Cádiz, á donde me hizo el honor de llamarme en consulta con tal motivo el ilustrado profesor clínico Dr. Alcina: en aquel caso, más que enfermo, había un cuerpo exánime, incapaz á juicio de todos, de responder á ninguna prueba terapéutica.

Pero para el objeto que me propongo, esto es, para demostrar

(*) De los estudios experimentales hechos por Buhl, Delpech, Jaccoud, Zenker y Dussart, y de los análisis dados á conocer por Beclard y L'Heritié, se deduce que por la influencia de la infección tifoidea en la composición de la sangre, por los desórdenes cerebrales dependientes de la hipertermia, y por la índole y frecuencia de las expoliaciones diarreicas, disminuye de un modo notable en el tifus abdominal la cantidad de fósforo que normalmente existe en la economía.

que lejos de ser una temeridad, el empleo del fósforo es de una utilidad incontestable en el estadio más grave de la infección tifoidea, me limitaré á presentar dos hechos clínicos que tanto por la gravedad del pronóstico como por el contraste de los síntomas, pueden figurar como tipos de la acción benéfica del citado medicamento.

Empiezo por manifestar que en ninguno de los casos que constituyen mis observaciones sobre esta materia, he empleado la misma fórmula de Glowery; pues por razón de la poca solubilidad del fósforo y de lo embarazosas que resultan sus preparaciones, he preferido usar el éter fosforado de Lævelius (*) á dosis proporcionales á las aconsejadas por aquel autor. Los 2 centigramos de sustancia activa que forman una dosis en la fórmula de Glowery vienen á estar representados por los 4 gramos del éter fosforado de Lævelius que yo administro dos veces al día en una copa de vino de Málaga. Algunas, aunque muy pocas veces, he tenido necesidad de aumentar ó sostener los efectos de la medicación pasando de las dos dosis de la poción indicada ó administrando cada dos horas un terrón de azúcar con dos gotas del éter fosforado.

Son los dos casos á que aludía verdaderos ejemplos de fiebre tifoidea de marcha rápida y gravísima con el carácter peculiar de las distintas formas atáxica y adinámica; ambos se refieren á hombres de 20 á 25 años, nada eucráticos por cierto; ambos fueron observados al mismo tiempo en camas contiguas de una misma sala de hospital, y para mayor coincidencia la enfermedad de los dos contaba igual número de días.

En el que hacia 14 precisamente, uno de los enfermos parecía sucumbir en el colapso consecutivo á una fiebre irregular con delirio continuado y violento (fig. 1.^a); ni los antiespasmódicos, ni los revulsivos, ni los medios empleados para conseguir una acción hipotérmica, lograron modificar en lo más mínimo la extremada agitación del paciente, más propia de una inflamación de las meninges si la epístaxis, la roseola, el infarto esplénico y el conjunto de síntomas abdominales no hubieran alejado esa sospecha.

El otro enfermo se encontraba á la sazón en el estupor más

(*) Fósforo, 1 decígramo; éter, 15 gramos; esencia de menta, 24 gotas.

profundo: estupor iniciado, puede decirse, con la misma enfermedad, acompañado de meteorismo, diarrea y otros fenómenos gastro-intestinales, todos muy exagerados, y que no varió absolutamente nada con la presentación de síntomas bronco-pulmonales ni con los cambios sobrevenidos en la calorificación. Inmediatamente después de un descenso extraordinario de temperatura—de 40°,2 á 36°,4 en doce horas—(fig. 2.^a), la cara hipocrática, el color térreo de la piel, la debilidad del pulso, la parálisis de los esfínteres, el enfriamiento y la carfologia hacían esperar, con fundamento, un pronto y funesto desenlace.

A uno y otro enfermo se les dió en un día la humeante poción

FIG. 1.^a—Fiebre tifoidea de forma atáxica. CURACIÓN.

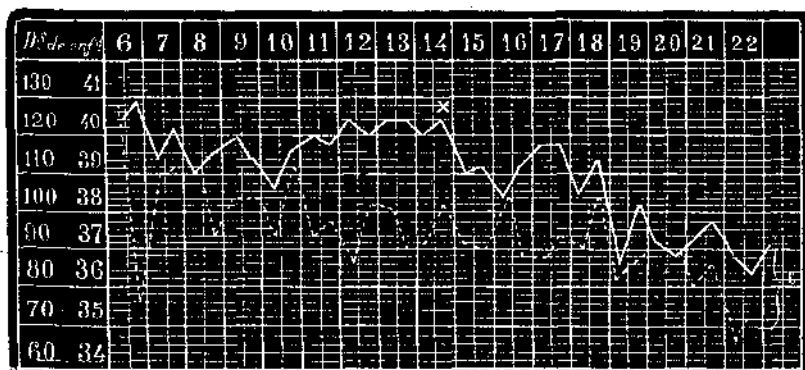
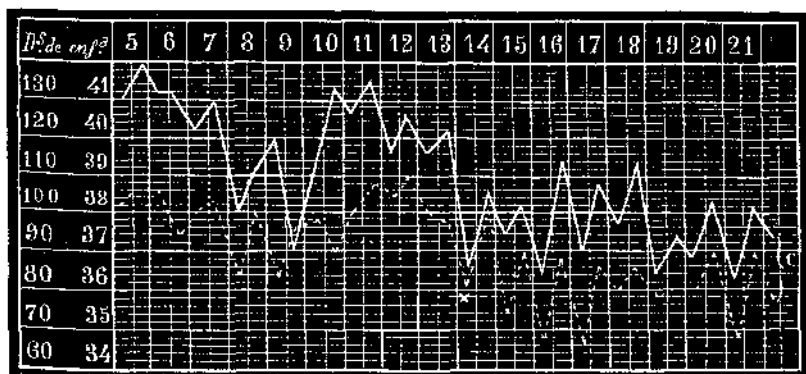


FIG. 2.^a—Fiebre tifoidea de forma adinámica. CURACIÓN.



× Administración del vino fosforado.

c. Convalecencia.

de vino de Málaga con éter fosforado, y ambos, con intervalo de algunos minutos, entraron en el mismo día en un periodo de reacción curativa: una semana después, estaban en plena convalecencia y ambos fueron dados de alta á los 20 días de su ingreso en el hospital.

El resultado obtenido por la medicación (*) en estos casos fué tan rápido como satisfactorio y decisivo.

A las dos horas de haber ingerido el medicamento, los enfermos contestaban á las preguntas que se les dirigian; parecían un maniaco y un idiota vueltos á la razón. El semblante de ambos se asemejaba al de los borrachos en lo encendido del color y en el brillo de los ojos; el pulso se regularizó, y en medio de un sueño tranquilo, interrumpido apenas por los espontáneos cambios de decúbito, se les presentó un sudor general que dió á las ropas el olor característico de las sustancias fosforadas.

Ni entonces ni nunca he visto aparecer los fenómenos de intoxicación tan temidos por Rabuteau, Raudnitz y otros terapeutas. Y hasta ahora no he tenido que arrepentirme: antes por el contrario, debo estar muy satisfecho de haber recurrido al fósforo como á la última tabla de salvación de algunos desesperantes tifoideos.

L. AYCART,
Médico 1.º

CONCEPTO DE LA NATURALEZA

Pocos conceptos han sido tan lentamente elaborados en el espíritu humano como el que sirve de epígrafe á este artículo; y menos aún los que recibieron como el tan varias y aun opuestas acepciones en el infinito número de esferas en que parcialmente se muestra á la contemplación reflexiva del ser racional. — Ora exprese lo esencial de seres muy determinados, ora signifique la unidad en que se enlazan armónicamente la riquísima y sorprendente variedad de formas de lo sensible-fenomenal ó bien afirme la unidad suprema en quien se realizan los complejísimos fenómenos psíquicos, se ve con igual evidencia que el sujeto humano de todos los tiempos no ha sabido abarcarlo en totalidad con su

(*) Demás está decir que la fosforada fué la exclusiva á que se sujetaron entonces los pacientes.

pensamiento y que la idea que de objeto tan capital ha formado es por demás deficiente. — ¡Atomismo y Dinamismo! He aquí las dos grandes síntesis en que están contenidos todos los conceptos parciales que tenemos de la Naturaleza. ¡Demócrito y Descartes, Kant y Schelign! He aquí los pensadores que más eficazmente contribuyeron á la formación de tales síntesis.

El Atomismo, tal como hoy lo admiten algunos físicos y químicos notables, toma la parte por el todo, esto es, la materia por la Naturaleza y establece algunas hipótesis que carecen de fundamento, á saber: la materia está constituida por átomos; estos átomos son sólidos, impenetrables é indivisibles; tienen un peso propio é invariable para cada especie de materia y su número es infinito é infinita su pequeñez. Están separados entre sí por intervalos vacíos, pero pueden agruparse; y del mayor ó menor número de átomos que se agrupan y de la magnitud de los espacios vacíos que dejan entre sí los átomos agrupados, resulta toda la variedad de las cosas y de los fenómenos que en la Naturaleza percibimos.

Analicemos esta teoría siquiera sea superficialmente. — Que la materia no es la Naturaleza no necesitamos probarlo. Todas las inteligencias conocen la fuerza como distinta de la materia; todas ven en el movimiento algo que se mueve: la materia; algo que origina este movimiento y que no es materia: la fuerza; y estas dos sustancias, materia y fuerza, las refieren ya intuitiva ya reflexivamente á un solo y mismo sér, la Naturaleza, á la manera como las partes se refieren al todo correspondiente. — Mas si bien es cierta la conformidad de casi todos los pensadores en este primero y trascendental aspecto de la cuestión, no ocurre lo mismo en lo que respecta á la constitución atómica de la materia. Esta brillante teoría es tan ingeniosa como fútiles son sus cimientos. ¡Átomos y vacío! La materia divisible, pero no al infinito. ¡El vacío, la nada, el no sér existiendo! ¡Cuánta contradicción y cuán bien establecida fué en otro tiempo la repulsión constante entre lo abstruso y la realidad sensible, entre la teoría y la práctica!

La hipótesis de la constitución atómica de la materia lleva consigo la de la divisibilidad limitada de ésta, pero ¿quién puede concebir que al dividir la materia en dos, tres ó mil partes exista el vacío, la nada entre parte y parte? La observación y la experiencia nos enseñan de consuno que al dividir un cuerpo ó sea

una porción diferenciada de materia y fuerza, las partes de este cuerpo quedan realmente separadas entre sí, pero la materia resulta siempre unida, continua é indivisible; pues las partes separadas del cuerpo que dividimos forman un todo continuo con nuevos cuerpos llamados atmósfera, éter... Vemos, pues, que la divisibilidad es un caracter peculiar de los cuerpos, pero que no conviene á la materia.—Y si estas pruebas sacadas de la observación y de la experiencia nos parecen deficientes ó dudamos de su exactitud por tener en poco aquellas fuentes de conocimiento, recurriremos á la razón y ella nos dará seguramente valiosos argumentos, nuevas pruebas que robustezcan y hagan valer á las anteriores.—En efecto; supongamos por un momento que la materia es divisible. En este caso, la división ha de ser ó infinita ó limitada. Pero los conceptos de infinitud y divisibilidad son antitéticos; pues en tanto que el primero surge en nuestro espíritu por la contemplación del sér absolutamente indeterminado y nos muestra lo *uno*, lo *indistinto* y lo *totalmente homogéneo*, el segundo lo adquirimos mediante la percepción de las determinaciones de ese mismo sér y nos ofrece lo *múltiple*, lo *distinto* y lo *heterogéneo*.

Decir, pues, que la divisibilidad es infinita equivale á unir términos contradictorios, á negar el principio de contradicción y á destruir por tanto el pensamiento. Luego si la materia no puede ser infinitamente divisible, la división tendrá un límite y este límite será el átomo. Ahora bien; toda vez que este átomo es una porción de materia diferenciada, tendremos que concebirle con longitud, latitud y profundidad ó grueso; luego podremos siempre suponerle cortado por un plano, es decir, divisible; luego no podemos asignar límite á la división. De aquí resulta que si la materia no puede dividirse infinitamente ni tampoco de manera limitada y no conocemos otros modos de división, podemos y debemos afirmar rotunda y racionalmente que es indivisible, y que el átomo, último término de esa supuesta división limitada no tiene existencia real.

A la teoría atómica la substituyó la dinámica y, cosa natural aunque rara al parecer, incurrió en el mismo capitalísimo defecto que la anterior; tomó también la parte por el todo, y Leibnitz y Kant sobre todo, atribuían existencia real únicamente á la fuerza, de tal manera, que el último filósofo citado, en sus *Princi-*

pios metafísicos de las ciencias naturales, se propuso, según él mismo decía, construir la materia por medio de dos fuerzas opuestas de cuyo equilibrio suponía resultaba aquélla. No seguiremos al gran filósofo en la exposición de su teoría dinámica; pues si bien fué la primera que revistió carácter racional y que podría considerarse como la base de la que hoy se admite, resultaba muy deficiente.

Todo concepto, toda teoría que pretenda negar la materia, primera y fundamental intuición sensible, ó que no admita la fuerza, primera intuición racional, es desde luego inadmisibile, por no abarcar toda la realidad de la Naturaleza. Así debió comprenderlo Schelling cuando en el ulterior progreso que imprimió á la teoría dinámica, afirmaba no solo la existencia de la materia y de la fuerza, sino que suponía además que ambas estaban regidas por unas mismas leyes y que una y otra eran manifestaciones de un mismo ser, el Universo. A partir de este momento, apareció lo que podríamos llamar teoría sintética, confirmandose una vez más la evolución Hegeliana. En efecto, en el primer momento surgió el Atomismo con el predominio exclusivo de la materia, en el segundo, se negó la materia y predominó la fuerza, y el tercero, materia y fuerza se consideran como manifestaciones, como atributos de la Naturaleza. De esta manera llegamos á formular estos dos grandes principios: 1.º La Naturaleza es toda la realidad indeterminada, de cuyo fondo surgen, por misteriosa educción primero y por íntimas é infinitas osculaciones después, todas las realidades determinadas, todos los seres contingentes que conocemos. 2.º La materia y la fuerza son modalidades de la Naturaleza que aparecen compenetradas universal y reciprocamente.

Este concepto de la Naturaleza como ser universal y orgánico se impone á nuestro espíritu con vigor irresistible. El hombre conoce lo uno por lo múltiplo, lo idéntico por lo vario, lo necesario por lo contingente, en suma, el ser por los atributos. Determinase el conocimiento de un ser en la Naturaleza por la coexistencia orgánica más ó menos permanente de varias cualidades. Así afirmamos la existencia del hombre cuando percibimos, coexistiendo en superior unidad viva y animada, la racionalidad y la animalidad con determinados caracteres. Y por analogía razón cuando percibimos de idéntica manera la fuerza y la

materia ó la materia y el espíritu, hemos de pensarlos como cualidades de un ser superior en cuya unidad se compenetran. Pero esta Naturaleza, ser primitivo, superior, total, determina de su propio fondo, de su misma esencia y por virtud de interiores distinciones, variedad indefinida de seres parciales cuyo total contenido lo recibieron necesariamente de la Naturaleza misma. Y si en estos seres observamos movimiento, vida y conciencia, se impone necesariamente la creencia de que conciencia, vida y movimiento son atributos de la Naturaleza, y no propiedades particulares que radican en sus determinaciones.

Pero aun hay más; notamos también en los seres una finalidad y actos que se adaptan á ella; luego en la Naturaleza hay una armonía final y la distinción que habrá entre una y otra finalidad ha de ser que la de aquéllos está limitada por la esfera propia de su existencia, al paso que la de esta obra según el plan de una coordinación universal de todos los órdenes de existencia.

Ahora bien, ¿la vida de los seres naturales es idéntica á la vida de la Naturaleza? No; porque si bien es verdad que la Naturaleza y los seres son la causa interna de las modificaciones que experimentan, estas modificaciones se realizan en aquella sin relación alguna exterior á ella; en tanto que en los demás seres se verifican con relación necesaria á la totalidad de que forman parte, á la Naturaleza misma.

La Naturaleza es por consiguiente un verdadero ser; pero un ser único, una realidad fuera de la cual nada cognoscible existe, y es por esto infinita; viva y animada, puesto que vida y movimiento tienen todos los seres que edujo de su propia sustancia; y es por análoga razón consciente de su propia esencia.

ROGELIO MOYANO.

Farmacéutico 1.º

TUBERCULOSIS.—DIFTERIA.—PAROTITIS EPIDÉMICA

*Estudios de bacteriología, traducidos y extractados por J. MADERA,
Subinspector de Sanidad Militar.*

M. Lamallerée ha comunicado en el Congreso de Sociedades científicas de París, un caso especial de transmisión de la tuberculosis por las gallinas. Un joven padecía de bronquitis por el año de 1872. Se casó con una joven robusta, de veinticinco años; poco tiempo después del matri-

monio tuvo una hemoptisis y falleció once meses más tarde: dos años después se comprobó la existencia de cavernas en la mujer, que arrojaba abundantes esputos. Hace muy poco tiempo fué llamado Lamallerée para asistir á una vecina suya que presentaba todos los signos de una tisis, y que le manifestó que en el espacio de cuatro meses había comido once gallinas compradas á la vecina, y que con el objeto de comer la carne sangrienta, sólo habían sido cocidas muy ligeramente. Pudo comprobarse que las gallinas de la vecina habían comido sus esputos y en una de ellas en la que se habían introducido, se comprobó la existencia de los bacilos del tubérculo. Lamallerée vió en esto la prueba de la transmisión de la tuberculosis del hombre á las gallinas y respectivamente de éstas á aquél.

El Dr. Moos publica en el *Zeitschrift für Ohrenheilkunde* sus investigaciones sobre la invasión de hongos en el laberinto y en la pirámide petrosa del temporal á consecuencia de la difteria simple. El trabajo se refiere á los resultados de la investigación en tres pares de temporales de niños muertos de difteria. Sus preparaciones se habían conservado en el líquido de Müller, endurecidas en ácidos crómico y nítrico, colocadas en celmidina, y por último, coloreadas por el método de Gram. Siempre se encontraron streptococos, así como una invasión de hongos accidental y no específica diftérica. En los intervalos de la sustancia esponjosa de las pirámides petrosas, siempre se comprobó la existencia de micrococos; en los espacios endolinfáticos de los canales semicirculares, en dos casos; no habiéndose encontrado microorganismos en el vestíbulo ni en el caracol de ninguno de los temporales. Entre los demás resultados de la investigación, figuran en primer término: *estasis globular* en los vasos sanguíneos que ofrecen numerosas rasgaduras, y que á consecuencia de la acción en los microorganismos fueron clasificadas de *necrosis vascular*, y como secuela de esta de *necrosis hemorrágica*, las que dieron lugar á la necrosis y atrofia del nervio acústico y de sus ramas. Es cierto que al lado de los efectos de la necrosis se manifiestan los de la neoplasia, y no pocas veces, en inmediata contigüidad unos y otros, especialmente en los espacios endolinfáticos de los canales semicirculares. El autor explica su génesis como fenómenos mecánicos provocados por los microorganismos, tales como la coagulación de la linfa y el desarrollo de células de múltiples núcleos en los corpúsculos linfáticos, cuyas células son consideradas como el substrato de las múltiples alteraciones descritas.

Estos cortos datos bastan para darnos una idea de los resultados de la investigación que en dicho trabajo están explicados con más extensión y acompañados de 12 figuras para su mejor inteligencia. El autor insiste además en la relación que existe entre sus investigaciones y el estado

actual de la cuestión sobre las bacterias diftéricas, y examina bajo la base anatómica las diferentes vías por donde, y sobre todo en la difteria, pueden llegar los micro-organismos al laberinto. Se extiende en consideraciones sobre la génesis de las alteraciones patológicas observadas y sobre la conexión que existe entre ellas y los fenómenos clínicos que con tanta frecuencia se presentan, sobre todo la sordera combinada con los trastornos del equilibrio. Al terminar se ocupa del tratamiento de las afecciones laberínticas producidas por la difteria; en un apéndice ilustrado con cuatro curvas se explica la marcha de la fiebre en los padecimientos diftéricos del oído, y por último en una observación final, se insiste en la semejanza que hay entre estos trastornos del oído interno y los que se manifiestan en otras afecciones infecciosas. Nos limitamos á dar este corto informe sobre un asunto que corresponde de lleno al interés de la especialidad y que puede verse con más extensión en el original citado.

* * *

El Doctor F. Rolh refiere en el *Muncher medicinische Wochenschrift*, n.º 20, tres casos acerca de la incubación y trasmisibilidad de la parotitis epidémica en los cuales pudo establecerse con exactitud la transmisión de dicha dolencia. En el primero fué infectada una enferma del hospital por su vecina de cama atacada recientemente de parotitis; en el segundo el médico asistente R. transportó la misma enfermedad á una paciente que vivía en la ciudad; y en el tercero una mujer atacada de difteria en el hospital adquirió más tarde la parotitis por haber sido colocada en un lecho utilizado antes por la citada enferma. En todos los tres casos duró dieciocho días el período de incubación.

PRENSA Y SOCIEDADES MÉDICAS

Cistitis: Lavado de la vejiga. — M. Lavaux dá cuenta de un procedimiento sencillo para efectuar el lavado de la cavidad vesical sin necesidad del uso de la sonda que irrita la uretra y la vejiga, y sin tener que emplear una fuerza cuyo alcance no se pueda graduar.

El aparato de M. Lavaux, que no es más que una modificación de el del Dr. Vandenabeele, se compone esencialmente de una botella provista de un tapón de caoutchouc con dos agujeros, uno de los cuales deja paso á un tubo de goma, de dos metros de longitud, sumergido en la botella por una de sus extremidades, y de una serie de cánulas de diámetros diferentes y provistas de una llave; por el otro agujero del tapón, pasa un tubo adaptado á una pera de caoutchouc y que tiene por objeto reforzar el sifón constituido por el otro tubo. La botella puede colocarse á mayor ó menor altura para obtener una presión más ó menos fuerte, presión que varía también según el diámetro de la cánula empleada.

En la mayoría de los casos, basta elevar la botella á 1m,70 de altura para que el líquido penetre en la vejiga. El orificio de la cánula introducida en la abertura uretral, mide de 1 $\frac{1}{4}$ á 3 milímetros: pasando de este diámetro, podría dar lugar á una presión excesiva.

Con este procedimiento, más fácil y menos peligroso que el cateterismo, se llega á conocer pronto la presión necesaria, lo que hace que pueda utilizarse por los mismos enfermos en muchos casos de cistitis crónica.

El líquido usado más comunmente es la solución saturada de ácido bórico, antiséptico tolerado perfectamente por las mucosas vesical y uretral. La temperatura del líquido debe ser de 40 grados; más frío ó más caliente ya no se tolera bien. La cantidad inyectada varía según los casos.

Tan pronto como el enfermo sienta ganas de orinar, debe cesar la inyección y repetirse luego de excretada. La cantidad tolerada varía de 50 á 200 gramos, pudiendo por tanto, emplearse en cada lavado hasta 800 gramos de líquido; la operación se hace una ó dos veces al día.

M. Lavaux, que ha tenido ocasión de observar los buenos efectos de este procedimiento, sobre todo en las cistitis por estrechez y en las tuberculosas y blenorragia, aconseja cuando se trate de esta última, limpiar de antemano la porción anterior de la uretra para que el pus blenorragico no sea arrastrado hacia la vejiga.

(Archives de Medicine.)

* *

Tuberculosis: Anilina.—Desde que se demostró la presencia del bacilo de Koch en la tuberculosis y logró comprobarse la inoculabilidad del microbio, la medicación antiparasitaria se impuso en la tisis bacilar y se repitieron las tentativas para conseguir un tratamiento racional y establecer un plan terapéutico etiológico, sin que ninguna de ellas llegase á verse sancionada en la clínica. Además de esto, los sucesivos descubrimientos y las múltiples observaciones, merced á las cuales se ha podido patentizar la presencia del bacilo no solo en los órganos considerados de antiguo como tuberculizables sino en las producciones llamadas antes escrofulosas, obligaron á modificar la extensión y el alcance del tratamiento, y en vez de procurar tan solo la destrucción del microbio alojado preferentemente en los pulmones, se hizo necesario matar al bacilo donde quiera que se encontraba. Y al tener que recurrir á una medicación cuyos efectos habían de ser generales, se vió de nuevo confirmada la idea de la imposibilidad de prescindir del conjunto del organismo enfermo aun en los casos en que, como en la tuberculosis, parecía evidente la localización de la enfermedad y limitada la extensión del origen de sus síntomas. Esta demostración no era necesaria en la tuberculosis, puesto que desde que trató de instituirse en esta enfermedad el tratamiento microbicida, empleando las sustancias llamadas antisépticas, solo en apariencia pudo concederse atención preferente á la localización del cultivo del bacilo, puesto que no era posible olvidar que la acción de los remedios que se ensayaban no podía limitarse al órgano con que más directamente se ponían en contacto. Ni Albercht, que recurrió á las inhalaciones de oxígeno puro, ni Renzi, al aconsejar las de iodoformo y las de yodo, ni Schott y Popow recomendando las de ácido sulfuroso, ni Cantani, que preconizó las de hidrógeno sulfurado, pudieron aspirar á que fuera exclusivamente local la acción de estos medicamentos; y en el mismo caso se encuentran Gonguenheim, que pensó serían útiles en la tuberculosis las inyecciones intra-parenquimatosas

de sublimado, aconsejadas por Lepine en la pneumonia, y Cantani que ensayé la bacterioterapia. Pero á pesar de todo esto, el verdadero objetivo de estas medicaciones era sin duda alguna el exterminio del bacilo en las colonias sobre las cuales las indicadas sustancias actuaban; en este sentido ofrece novedad la idea de generalización que envuelve el método de tratamiento de la tisis ideado por Krenjanskij.

El *Medicinishe chir. Rundsch* dá cuenta de haber afirmado dicho autor en el Congreso de médicos rusos, que, puesto que el bacilo penetra no solo en los pulmones sino en toda la masa de la sangre, y por su intermedio, en todos los tejidos, habiéndose comprobado que una debilísima solución de anilina mata el bacilo de Koch, pudiendo usarse la anilina sin temor alguno, — ya que no se tiene noticia de que haya sido causa de muerte la intoxicación con esta sustancia — y siendo fácil combatir dicha intoxicación haciendo uso de las inhalaciones de trementina, aceite de eucalipto, etc., la tisis puede curarse sin más que someter por muchos días seguidos al enfermo á la intoxicación con la anilina; es más, el Dr. Krenjanskij juzga posible la curación, aun en el caso de que haya sido destruida una gran parte de los pulmones, porque, aniquilados los bacilos, se forma un tejido cicatricial sano que frunce la caverna y favorece la dilatación de las células pulmonares ilesas.

Resta solo añadir que para saturar rápida y comodamente la sangre hasta hacer uso de las inhalaciones de aceite de anilina pulverizado.

* * *

Amigdalitis aguda: Antisépticos. — Partidario decidido de las invasoras ideas microbianas y haciendo aplicación de ellas al tratamiento de la amigdalitis aguda, el Dr. Lebrun aconsejaba antes los gargarismos con ácido bórico y asegura recientemente que han sido inmejorables los resultados conseguidos por él en la citada enfermedad merced al embadurnamiento con el colodión iodoformado.

(*Rev. de laryng. otol., etc.*)

* * *

Analgesia: Piscidia erythrina. — Analizando el Dr. Ferreira los estudios hechos sobre el *piscidia erythrina*, ha concluido por afirmar que esta planta — llamada también *palo embriagador* y *palo de perro*, (dogwood) por los ingleses — es la misma que en el Brasil se conoce con el nombre de *muhungu*, y á la que se recurre cuando hay necesidad de un agente sedativo ó calmante.

El *piscidia erythrina* es un arbusto de la familia de las leguminosas: desde tiempo inmemorial se emplea en las Antillas para embriagar ó adormecer á los pescados y los indígenas mojan sus flechas en el jugo de esta planta para cazar con más facilidad. Los animales muertos por la acción de este jugo, no son venenosos por más que la planta lo sea, y se pueden comer impunemente (*).

(*) Los guajiros (campesinos) de Puerto-Príncipe — Cuba — hacen uso de una planta que llaman *maguey*, para que sus pesquerías les rindan un buen tributo: bástales arrojar á los rios unas cuantas cargas de esta planta, para que al día siguiente aparezca sobre la superficie de las aguas un sin número de peces, unos embriagados y otros muertos: recogidos que son, los comen sin el menor peligro. Es tan eficaz este sistema de pesca, que se han dictado leyes para prohibirlo: de este *maguey* se fabrica en Méjico el *pulque*, bebida alcohólica muy embriagadora.

Desde hace algún tiempo, y principalmente después de los estudios del Dr. Landowski la *piscidia erythrina* ha adquirido cierta importancia en la terapéutica del fenómeno *dolor*, y Mr. Dujardin-Beaumetz la ha recomendado como un medicamento analgésico de un despreciable valor.

Los médicos de Rio-Janciro y de Rezenda la emplean bajo la forma de extracto, llegando á establecer de una manera evidente que el extracto de *mulungu* administrado á dosis terapéuticas tiene la propiedad de determinar un sueño agradable y reparador, más parecido al sueño fisiológico que el producido por el opio, pues éste, según la frase de Huchard, ocasiona un *sueño patológico*.

El Dr. Ferreira ha utilizado este medicamento contra la tos fatigosa y tenaz de los tuberculosos y de los espasmos bronquiales, pero sus resultados, aunque notables, no deciden á usarlo cuando se intente calmar dolores violentos, tales como intensas neuralgias, tumores inflamatorios, panadizos, etc.

(Bull. gen. de Therap.)

Cáncer del estómago: Ácido clorhídrico.—Corroborando las indicaciones de algunos médicos alemanes, el Dr. Debove ha presentado á la *Société médicale des Hopitaux*, varios casos muy notables en los que ha podido hacerse el diagnóstico del cáncer del estómago mucho antes de presentarse el tumor epigástrico y las evacuaciones sanguíneas por vómitos ó por cámaras, valiéndose únicamente del análisis químico de las secreciones gástricas. El Dr. Debove, no ha encontrado un solo cáncer del estómago en el cual, examinando químicamente el contenido de la víscera durante el período digestivo, se haya podido encontrar el ácido clorhídrico libre; en cambio este ácido se encuentra siempre en el individuo sano y en las casos de afecciones gástricas no cancerosas.

He aquí las reacciones más sencillas que pueden emplearse en la clínica. Se examina el líquido del estómago previamente filtrado con la mayor rapidez posible. Para la investigación del ácido clorhídrico, se emplean el violeta de genciana y el anaranjado Poirier.

El violeta de genciana al $\frac{1}{5000}$ da una coloración azul en presencia de las soluciones débiles de ácido clorhídrico.

El anaranjado Poirier núm. 4, indicado por Dujardin Beaumetz, en solución saturada en el agua, da una coloración roja en presencia del ácido clorhídrico diluido.

Optometria.—M. Georges J. Bull de Nueva York, ha presentado á la Sociedad francesa de oftalmología un óptómetro sencillo que sirve para medir aproximadamente, con bastante rapidez, la extensión y la amplitud de la acomodación. La parte esencial del óptómetro, se compone de once fichas pequeñas de dominó escalonadas á distancias convenientes, y á la cuales se mira desde un punto situado á quince milímetros por cima de la extremidad de la plancha que las sostiene. Cada ficha, tiene un número de puntos igual al número de dioptrías correspondiente á su distancia, de modo que las respuestas del enfermo indican por sí solas la posición del *punctum primum* y del *punctum remotum*. El instrumento lleva dos lentes, y la plancha tiene una escala para facilitar el cálculo.

(Rec. d'ophth.)

Parálisis de las cuerdas vocales: Tuberculosis.—Cuando parecía completamente olvidado el estudio que en 1879 llevó á cabo el doctor Martel acerca de la génesis y etiología de la parálisis de las cuerdas vocales en los tuberculosos, y cuyo resultado permitió afirmar al citado autor que las indicadas lesiones laringeas podían atribuirse, entre otras causas, á la irritación, del nervio recurrente, á la excitación refleja del espinal, etc., en un reciente trabajo que dicho Mr. Martel publica en la *Rev. inter. des scienc. med.*, después de dar cuenta de 24 casos clínicos que considera pueden apoyar su modo de ver en la cuestión, sostiene que la parálisis ó la paresia de una ó de dos cuerdas vocales son signos que inducen á sospechar la inminente invasión de la tisis pulmonar.

* * *

Quemaduras: Acido carbónico.—Para combatir el síntoma dolor en las quemaduras extensas y superficiales, recomienda el Dr. Dubois hacer caer sobre la parte lesionada el contenido de una botella de agua de Seltz, y asegura que cesa el dolor casi instantáneamente, debiéndose al ácido carbónico este efecto, que no se consigue con el agua natural fría.

(*Le Praticien.*)

* * *

Epilepsia: Electricidad.—He aquí las conclusiones de un estudio publicado por Rockwell en la *Weekly medical review*, acerca del empleo de la electricidad en el tratamiento de la epilepsia:

1.^a La electricidad tiene algún valor terapéutico en la epilepsia; no se ha observado si puede curarla por sí sola, pero su acción es muy ventajosa cuando se emplea al mismo tiempo que el bromuro.

2.^a Los buenos efectos de la electricidad son más notables cuando los accesos son nocturnos.

3.^a El método más útil, consiste en hacer la galvanización central y la faradización general.

4.^a Aumenta la tolerancia para el bromuro, y su uso sistemático disminuye el acné brómico.

5.^a El tratamiento eléctrico debe usarse con precaución; deben evitarse las interrupciones de la corriente en las galvanizaciones centrales, porque la oscilación consiguiente sería más apropiada para provocar que para prevenir el acceso.

* * *

Pleuritis á frigore: Tuberculosis.—El verdadero elemento etiológico, la causa determinante de la pleuritis con derrame cuando esta enfermedad es aguda y primitiva y reúne los demás caracteres de la llamada pleuritis simple á frigore, reside, según el Dr. Landouzy, en la tuberculosis, y con frecuencia no se reconoce porque se oculta bajo el derrame pleurítico. En cambio, el frío no ejerce otra acción que la de causa puramente ocasional, como en la erisipela, en la pneumonitis y en el zona; así que, para dicho autor, siempre que un derrame pleurítico no pueda atribuirse á un traumatismo, (fractura de costillas, infarto pulmonar), á una infección, (escarlatina, estado puerperal etc.), ó á una discrasia, (reumatismo), se debe considerar como tuberculoso al individuo afecto de pleuritis, por más que sea robusto, joven,

corpulento y grueso, y aunque se crea sano é inmune de antecedentes tuberculosos hereditarios ó personales.

(*Rev. de Medicine*).

* *

Erecciones dolorosas: Apósitos.—Á fin de calmar dicha molestia, insufrible para algunos enfermos, M. Jamín emplea un vendaje compuesto de un cinturón al que se unen por detrás dos bajo-nalgas separados por una distancia de 30 á 35 centímetros. Dichos bajo-nalgas se continúan por delante por medio de un trozo de tela tupida de 20 centímetros de longitud y 15 de anchura el cual lleva tres correas que terminan en otras tantas hebillas del cinturón.

Para aplicar el vendaje, se empieza por poner el cinturón de modo que, sin incomodidad para el enfermo, esté apretado lo bastante para servir de sólido punto de apoyo; se trae hacia adelante el pedazo de tela, colocando los bajo-nalgas en los pliegues glúteo-femorales, y colocado el pene entre los testículos, cubierto por dicha compresa, solo queda fijar el aparato por medio de las tres correas que se aprietan todo lo posible.

Gracias á este sencillo procedimiento, asegura M. Jamín haber obtenido siempre el alivio que instintivamente buscan algunos enfermos sin más que situar el pene de forma que se impida la distensión excesiva é incómoda de la uretra.

(*Lyon Medical*).

* *

Enflaquecimiento: Microbios.—M. Moulé, delegado de la Sociedad de Ciencias y Artes de Vitry-le-Francois, y Veterinario-inspector del Matadero de París, ha descubierto que los animales flacos tienen invadido el tejido celular por innumerables *psorospermios*; entre 200 carneros flacos, ha encontrado 196 infectados de este microbio; en los cerdos y bueyes es menor la proporción, pues no pasa de un 40 por 100; añade el observador que estos microbios son inócuos para el hombre y que también los presentan, aunque en menor cantidad, los animales gordos.

Solo queda ya por demostrar, el que estos *psorospermios* sean la causa ó el efecto de la caquexia, y cuál sea su génesis.

* *

Hemostasia: Éter.—Con el éter absoluto—que como es sabido entra en ebullición á los 35°—saturado de tanino á una temperatura baja, y tratando el todo con el colodión, prepara el Dr. Richardson el éter hemostático que además de pasar fácilmente á través del tubo del pulverizador, produce una anestesia local manifiesta, tiene un olor agradable y detiene la hemorragia á beneficio de la refrigeración que constríne los vasos y la acción astringente que ejerce sobre la albúmina y la fibrina de la sangre.

(*Jour. de Pharm. et de Chim.*)

* *

Hidrocefalia: Iodo.—En un caso de hidrocefalia que databa de cuatro meses, las aspiraciones repetidas y las inyecciones de iodo, han dado al Dr. Mavies ventajosos resultados. Tratábase de una niña de diez meses de edad y el citado autor, después de aspirar dos onzas y media de líquido, — haciendo la punción en la parte izquierda de la fontanela, anterior, — inyectó media dragma del líquido de Morton. A las siete sesiones separadas entre sí por una semana de intervalo, la hidropesía se dominó y el aspecto de la enfermita patentizaba la mejoría conseguida, persistiendo el alivio hasta que á los 22 meses murió la niña de un modo súbito con convulsiones que sobrevinieron bruscamente.

(Arch. de neurologie.)

* * *

Cola de fuego: Lepra maculosa.—El Dr. Egea, médico del Hospital de Juárez, de Méjico, ha usado contra esta afección la planta que crece en los jardines mejicanos conocida con el nombre de *cola de fuego*. El paciente en que se hizo uso de esta sustancia, apenas podía moverse en la cama: todo su cuerpo era una gran úlcera cuyo fétido olor no podía disimular el ácido fénico. Al cabo de 14 días de tratamiento, se curaron las piernas y á las cuatro semanas no existía ninguna úlcera y el estado general estaba tan mejorado, que el enfermo podía caminar. El medicamento se administró en cocimiento hecho con un puñado de las hojas en medio litro de agua cuya cantidad se dió diariamente, aumentando después el doble.

* * *

Myrtol.—Se obtiene por destilación de las hojas del mirto y es un líquido que tiene un aroma peculiar á la planta: menos denso que el agua se evapora á la temperatura ordinaria. Es un medio excelente de desinfección y enérgico antiséptico, estimulando el apetito y las funciones digestivas: también obra muy favorablemente para combatir los padecimientos catarrales crónicos, así como en las secreciones mucopurulentas espesas y muy abundantes. M. Linaria ha fabricado glóbulos de myrtol que contienen cada uno 15 centígramos del líquido puro. La dosis ordinaria consiste en 6 glóbulos al día: dos por la mañana, dos á la tarde y dos á la noche.

(Deuts. Med. Woch.)

— G L S —

EL ADIÓS DE UN SABIO

APUNTES BIBLIOGRÁFICOS

POR J. GARCÍA DE LA LINDE, MÉDICO MAYOR

La literatura médica se ha enriquecido últimamente con una obra de tanto mérito como importancia y necesidad. El Dr. Hardy, cuya edad avanzada le ha obligado á retirarse de la enseñanza que durante varios lustros ha dado en el Hospital de San Luis—París,— y de la que por

espacio de diez años tuvo á su cargo como Profesor clínico en el de la Caridad del mismo punto; este notable médico que con el no menos conocido Belier, erigió con su *Tratado de patología interna*, un valioso monumento á la ciencia, ha querido, al separarse del palenque en que vivió admirado como uno de sus más meritísimos campeones, recopilar sus memorables trabajos sobre las enfermedades de la piel, en cuyo tratamiento conquistó una celebridad europea.

Su última producción que tenemos á la vista, no sólo revela al pensador profundo, al incontrovertible lógico, al observador de los más nimios detalles y epifenómenos, sino al Profesor de juicio desapasionado, de ánimo sereno, exento de ese amor propio, tan fatal en las ciencias de observación, y al juez de sí propio, cuando una tesis mal sostenida, cuando una observación demostrada deficiente, cuando una deducción débil no llevaban á su ánimo la convicción indestructible por más que aparentemente su aserto no tuviera refutación.

El trabajo del Dr. Hardy, ha sido titánico: empeñado en unión de su colega el Dr. Bazin en continuar la obra que en la primera mitad de este siglo emprendieron Boyer, Alibert y Bielt, tuvo que luchar mucho, al ilustrarla con sus múltiples observaciones clínicas y asentar la fama imperecedera de que hasta hoy gozan esos infatigables observadores, no sólo con el resultado que por sí adquirió, sino con que no pocas veces este resultado estaba en contradicción, ya con las teorías de aquéllos, ya con las propias observaciones, consiguiendo al cabo de no común constancia, fijar bien los límites y extensión de lo que desde entonces se llama *escuela dermatológica francesa*.

Por si el nombre respetable de aquellos maestros no fuera bastante á desalentar á un nuevo clínico, otro obstáculo no menos importante se alzaba frente á él: Viena presentó por esos años una nueva escuela dermatológica sostenida por Auspitz y Hebra, Neumann y Kaposi: Duyón, dió á conocer á Francia las obras de estos eminentes clínicos, y bien pronto comprendió Hardy que la escuela francesa y austriaca eran rivales, no separadas, ciertamente, por sutilezas *dicotómicas*, sino por el opuesto concepto que tenía para una y otra la protéica dermatosis: en tanto que los médicos vieneses consideraban á las enfermedades de la piel como afecciones locales independientes de toda causa general morbífica y sin que el funcionalismo orgánico tomara parte en estos trastornos cutáneos admitiendo por lo tanto la dualidad fisio-patológica y limitando el tratamiento de estas lesiones á una terapéutica yátrica ó tópica, los médicos franceses buscaron y han creído encontrar en las disposiciones morbíficas individuales, en los estados patológicos generales, la causa, el origen, el *mono-pathos* de las afecciones cutáneas: crearon la palabra *diatesis*, y con ella dieron aplicación satisfactoria á los resultados clínicos:

he aquí el por qué Hardy, convencido más y más cada día de este fundamento, de esta esencialidad patológica, no ha querido, á fuer de adversario leal, retirarse de la vida clínica sin decir la última palabra sobre un asunto al que ha dedicado la mayor parte de su vida y que es al propio tiempo su profesión de fe médica: su obra es un adiós á la práctica, y un faro potente que alumbrará por muchos años los aún no muy claros caminos de la observación.

No había de sernos muy difícil, aun con la absoluta pequeñez de nuestros conocimientos en una especialidad que no es de nuestra predilección, si no hacer un juicio crítico de la obra que nos ocupa, poner al menos de manifiesto su articulado, demostrar la tendencia que en ella impera y compararla con la de la escuela austriaca; ni tampoco, merced á nuestros ya dilatados años de práctica, intentar contrarrestar el exclusivismo así de una como de otra escuela, y probar, si necesario fuera, que la escuela española, por lo mismo que no es exclusivista, por lo mismo que al parecer no ha terciado en estas contiendas médicas, por lo mismo que á causa de la idiosincrásica apatía nacional no ha cultivado, oficialmente al menos, ese campo tan multiforme de la ciencia, tal vez por eso mismo esté riquísima de materiales esparcidos, desordenados, sin concierto, sin unidad, pero lo bastante valiosos para que un día, nacido que fuera un talento organizador, pudiera sorprender á esas otras escuelas con los resultados positivos de una doctrina sostenida en medio de un plácido alejamiento de rivalidades, é inspirada por la seriedad, constancia y modestia peculiarísimas de nuestros médicos: no habría, repetimos, de sernos muy difícil poner de manifiesto teoría contra teoría, observaciones contra observaciones, resultados contra resultados, si no nos lo prohibiera por un lado la índole de este escrito, y por otro el no creernos autoridad en asunto tan complejo, máxime habiendo en nuestro Cuerpo profesores que cultivan esa especialidad con tanto saber y acierto como modestia: á nosotros, pues, sólo nos cumple hoy considerar la última producción del Dr. Hardy muy digna de ser conocida y por eso no vacilamos en recomendarla á nuestros compañeros.

Mas como no queremos que se nos crea bajo nuestra palabra, y como por casualidad hemos visto recientemente un examen de esta obra, bastante minucioso y acertado, hecho por el Dr. Daremberg, á él, que nos ha servido de guía para ordenar estos apuntes, cedemos la palabra.

«Luego que un individuo —dice el doctor citado— está afectado de una enfermedad crónica de la piel, tal como el *eczema*, pregúntanse los médicos franceses si esta afección local no es la manifestación cutánea de un vicio constitucional, de una tendencia morbosa de la economía á crear tal número de accidentes cutáneos: fundado en esto, Bazin pretendía que el mayor número de enfermedades de la piel dependía de dos diáte-

sis: artritisismo ó dartrismo (herpetismo): según él, cuando una afección cutánea seca, con dolores lancinantes, se inicia acompañando á la gota ó al reumatismo, presentándose en un individuo notablemente grueso y precozmente calvo, se debía considerar como de origen *artrítico*: si esta misma afección era húmeda, con irresistible comezón, no dolorosa y á la vez sobrevenían frecuentes neuralgias, se estaba frente á un *herpetismo* ó *dartrismo*.

Mr. Hardy, por el contrario, reúne el artritisismo y el herpetismo en una sola denominación diatésica: la *dartrésica* ó *dartrítica*; pretende que los caracteres diferenciales indicados por Bazin para que por ellos se reconozca la naturaleza especial de una erupción, son muy poco marcados para deducir por ellos una causa constitucional diferente; en efecto, con mucha frecuencia se ve que un eczema presenta en el curso de su evolución ya la forma seca y de comezón del *herpetismo*, ya la dolorosa lancinante del *artritisismo*.

Nada hay bien fijo y distinto en la clasificación de Bazin: por mi parte, me alegro mucho de ver que un maestro de la talla de Hardy, ataque el concepto actual del artritisismo: las enfermedades más diferentes se han querido agrupar en esta diatesis, haciéndolas depender á todas del *reumatismo* ó de la *gota*. Cuando se desconoce la verdadera naturaleza de una manifestación patológica, se dice con mucha frecuencia: es *artrítica*: otras veces se decía: es *nerviosa*. ¡Pequeño subterfugio con el que se intenta ocultar la ignorancia! Necesario es estudiar con más seriedad estas enfermedades llamadas *artríticas*; muchas de ellas han sido consideradas, y con razón en nuestro sentir, por el Dr. Bouchard, como formas diversas de una lentitud nutritiva.»

(Se continuará.)

FÓRMULAS

1

Benzoato de sosa	
Carbonato de Litina	áá 3 gramos.
Extracto de estigmas de maiz.)	
Aceite esencial de anís	3 gotas.

M. y h. 60 píldoras para tomar de cuatro á seis diariamente durante veinte dias de cada mes.

En la gota.

(Huchard.)

2

Cafeina	2,50 gramos.
Benzoato de sosa	2,95 "
Agua (c. s. para 10 cm. cúbicos)	6,00 "

D. en caliente. Para diez inyecciones hipodérmicas.

En la adinamia.

(Tauret.)

3

Cloroformo	20 partes.
Vaselina líquida	80 "

M. para inyecciones hipodérmicas. (La inyección no es dolorosa.)

En la ciática.

(Meunier.)

4

Papaina	1 gramo.
Glicerina	{ áá 5 gramos.
Agua destilada	

M. Para aplicar cuatro ó cinco veces al día sobre las placas blancas de la lengua.

En la leucoplasia bucal.

(Schmidiger.)

5

Clorhidrato de cocaina	10 centigramos.
Acido clorhídrico	1 gramo.
Jarabe de menta	250 gramos.

M. Para tomar una copita después de cada comida.

En la dispepsia flatulenta gastrálgica.

(Huchard.)

VARIEDADES

En la última Asamblea general de la *Sociedad Francesa de Socorros a los militares heridos*, dió cuenta su presidente, Mc-Mahón, de los trabajos y operaciones que ha realizado la misma en su último ejercicio.

La Sociedad ha distribuido entre los heridos de las guerras pasadas 65.000 francos.

Ha invertido para los heridos del Tonkin—ya en alimentos para los repatriados, ya en donativos enviados al ejército expedicionario,—70.000 francos.

Ha recaudado desde el principio de la guerra 500.000 francos, y ha gastado 446.000.

Los 54.000 restantes, producto de la última cuenta hecha en París por el Comité de Señoras, se distribuirán totalmente entre las víctimas de la expedición.

La Sociedad de Socorros ha organizado 54 enfermerías en las estaciones de las vías férreas, ya estables, ya como depósitos. Para esto, y para la adquisición de carruajes de ambulancia, camillas, literas, lencería para las camas, medicamentos, apósitos antisépticos y material médico-quirúrgico, ha invertido 84.350 francos.

Ha multiplicado los comités de señoras, y sus escuelas de camilleros.

Los enfermeros de Marsella han sido recompensados por este Municipio, por su entusiasmo y abnegación durante las últimas calamidades, con un diploma de honor y treinta y dos medallas conmemorativas de bronce, plata y oro.

Durante el tiempo de su último ejercicio, la Sociedad ha fundado 33 nuevos comités, con los que hace llegar hasta 170 el número de éstos, así de caballeros como de señoras.

En la nueva Directiva figuran nombres de personajes ilustres en las ciencias y en la milicia, teniendo una proporcional representación los de Jefes superiores de Sanidad Militar así terrestre como marítima.

La medicina perjudica á los que á su ejercicio se dedican, hasta el punto de que sea hoy opinión general que las enfermedades hacen más víctimas entre los médicos que entre los hombres de la misma edad, dedicados á otras distintas profesiones.

Según una comunicación hecha á la Sociedad Real de Medicina y Cirugía de Londres por M. Ogle, la mortalidad media anual de los médicos es de 25,53 por 1.000: la tisis pulmonal es menos frecuente que en los demás hombres; pero en cambio matan más médicos proporcionalmente las enfermedades contagiosas (fiebre tifoidea, difteria, etc.)

El doctor Montreal opina que muchos casos de apoplejía pulmonal ó de enfermedad orgánica del corazón, no pueden explicarse sino por la acción de dosis exajeradas de cloral y de morfina; y examinando en un quinquenio

las causas de muerte de 58 médicos patentiza la frecuencia relativa de las afecciones cancerosas y tuberculosas.

Aunque contradictorias en los detalles, convienen en lo poco consoladoras las opiniones de ambos autores.

La Junta Directiva elegida para el curso próximo por la Academia Médico Quirúrgica Española en su última sesión, ha quedado constituida en la forma siguiente:

Sección de Medicina.—Presidente, D. Alejandro Torres. Vicepresidente, D. Nicolás R. Abaytua. Secretarios, D. Francisco Prada y D. Francisco Martínez Morales.

Sección de Cirugía.—Presidente, D. Manuel I. Osío. Vicepresidente, D. Lorenzo Aycart. Secretarios, D. Enrique González Pascual y D. Antonio Durall.

Sección de Vacunología.—Presidente, D. Antonio Sierra y Carbó. Vicepresidente, D. Ladislao Valdivieso. Secretarios, D. Enrique Salcedo y don Rogelio Rionda.

Sección de Ciencias Naturales.—Presidente, D. Alejandro San Martín. Vicepresidente, D. Gumersindo del Valle. Secretarios, D. Francisco Orozco y D. Luis González Brabo.

Sección de Histología.—Presidente, D. Leopoldo López García. Vicepresidente, D. Luis Comenge. Secretarios, D. Antonio Pardo Regidor y don Rodolfo López Figueredo.

La ciudad de Rouen quiere honrar la memoria de los soldados muertos durante la campaña de 1870-71, y al efecto abre un concurso para llevar á cabo la construcción de un monumento. El autor del proyecto que merezca el primer premio recibirá 20.000 francos y se encargará de la ejecución de la obra, dándose, además, otros dos premios, de 1.000 y de 500 francos respectivamente, á los que obtengan el segundo y tercer lugar entre los premiados.

Bien se ve que no en todo queremos imitar á los franceses. En Ceuta yacen amontonados los restos de los heroicos soldados que sucumbieron en la guerra de Africa, sin que haya siquiera una piedra que señale ó indique aquel lugar que debe ser sagrado para todos los españoles.

La oficina de Sanidad de Massachussets acaba de hacer el análisis de las bebidas especiales é higiénicas con que los individuos de la *Sociedad de templanza* han sustituido el vino, la cerveza y el aguardiente. Apesar de fabricarse dichas bebidas por los fundadores de la Asociación, el análisis ha demostrado que en todas ellas entra el alcohol en una proporción que oscila entre el 21 y 44 por 100.

Ahora se comprende perfectamente por qué los socios hacen tanto consumo de la *esencia de zarzaparrilla*, y por qué en vez de ir á emborracharse á la taberna prefieren ir á atemperarse á la botica.